

Al fin hace justicia Sevilla al notabilísimo pintor del Andévalo, residente en nuestra ciudad desde hace más de un cuarto de siglo. La medalla de oro de la Exposición de Primavera, creada por la Sección de Arte del Ateneo, ha sido concedida a Sebastián García Vázquez, profesor de nuestra Escuela Superior de Bellas Artes. Otros grandes artistas, Santiago Martínez, Bacarizas, Jaldón, que ahora recordemos, ostentan el preciado galardón.

El nuevo medalla de oro es un pintor, que

*"Correo de Andalucía" 21-5-1971*

La dirección del galardonado me la facilita Antonio Milla, otro excelente pintor, como presidente de la Sección de Arte del Ateneo.

Se trata de un gran artista; oculto, laborioso, auténtico —me dice Milla.

Y con tan escuastos dormengres me voy en busca del pintor del Andévalo.

Sebastián García Vázquez vive en la calle Manuel Mateos. Su casa, de dos plantas, tiene espacio y claridad, dos atributos desusados en los hogares sevillanos que ahora se construyen, pero indispensables para un artista nacido en el campo y que no ha dejado de oír las voces de la tierra y del cielo, la de las campañas y las de los surcos.

Me lleva el pintor a su estudio; dos amplias habitaciones del piso alto, convertidas en refugio íntimo y anchuroso. Hay cuadros por todas partes. Todo un mundo de montes, campiñas y llanuras; de pastores, gañanes, mozas y mozos, vaquerizas, fiestas pueblerinas, siembras, asurcados, recolecciones... En fin, un documento fiel e importantísimo de paisaje, clima, personajes, tejido de un modo sentimental con la nostalgia del corazón que mira hacia atrás.

La pregunta me sale espontánea: —¿Qué significaría para usted desprenderse de todo esto?

Ya puede imaginárselo. Estos cuadros dicen todo lo que he vivido, lo que he amado.

—¿Quién fue su maestro? —y me fijo en un gran óleo que imprime alegría a todo el estudio y que el artista ha titulado «Galanías de la romería de la Virgen de la Peña».

—Mi primer maestro fue Eugenio Hermoso. De él recibí las primeras lecciones, por el año 1917, cuando residía en Huelva. Después, estudié en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid.

—Ya me parecía que ese cuadro...

—¿Por qué lo dice? —inquire sonriente el pintor—. Puede que usted adivine alguna influencia del maes-

tro extremeño en esa pareja de galanas. Pero, no; entre ambos hay muchos contrastes.

—¿Toda su pintura es arrancada del natural?

—El fondo siempre es imaginativo, aunque obedece al clima de mis recuerdos. Las figuras, de apuntes que voy naciendo en cada momento.

—Parece que la pregunta es obligada: ¿Hizo usted ya su mejor obra?

—Pues, sí. Lo bueno que pudiera realizar, lo hice ya. ¿En dónde se encuentra? En museos: por ejemplo, en los de Arte Moderno y Pueblo Español de Madrid, Museo Provincial de Sevilla, y en poder de particulares.

—¿Siente algún dolor por éstos y aquéllos?



SEBASTIAN GARCIA VAZQUEZ

pertenece a esa escuela pictórica de la que Rousseau afirmaba: «Nuestro arte no puede llegar a lo patético más que por la sinceridad». Este es el primer mérito de García Vázquez: la sinceridad. Pero también tiene sensibilidad, emoción y estilo propio. Toda la pintura del artista es fresca y penetrante, rica en poesía, en fondos y figuras, encuadradas en ese pueblo de los campos, del que sabe arrancar su propia vida para hacérselo ver y comprender...

—El gran dolor del pintor es que, al llegar uno a viejo, se le juzgue por la última obra realizada. Por lo visto es frecuente que ocurra así.

—Pero habrá en su vida artística algunas satisfacciones...

—Recuerdo el año 1934 como una etapa afortunada como pintor. Gané la primera medalla de la Nacional de Bellas Artes y el premio de los Concursos Nacionales.

—¿Se ha mantenido siempre en su misma línea pictórica?

—Siempre, ya lo creo. No digo que se dejen entrever algunos contrastes de luz, composición, pero en conjunto he sido siempre fiel a mí mismo.

—¿No tiene algo de impresionista su pintura?

—No he sido nunca un pintor del impresionismo. El artista de esa teoría, plasma su obra de primera intención o no le sale. Pinta por una exaltación espontánea y se da prisa para captar las luces del mediodía o de la tarde, lo cual no dudo que requiere una gran presteza, pero mi pintura es, por el contrario, muy pensada y laborada, sin mirar al tiempo, ni trabajar forzado por nada.

—Entonces, ¿no siente interés por vender sus obras?

—Yo no pinto para vender, ni tampoco hago pintura comercial. Toda mi obra, ésta que usted ve aquí, es parte de un tiempo vivido apasionadamente, me costaría muchísimo desprenderme de ella...

—¿Es usted un pintor del tema anecdótico?

—Ciertamente; y no siento ningún rubor al confesarlo. Siempre he pintado con absoluta independencia y no me he dejado influir por ese intento incomprensible al cuadro de la anécdota.

La afirmación de Sebastián García Vázquez queda corroborada por un lenzo que tengo ante los ojos. Se titula «La visita del pariente que salió chiflado», y hay una dedicatoria del autor que dice: «Mi homenaje a los anatematizados pintores

de la anécdota sin categoría. Año 1963».

—¿Qué aconseja a sus alumnos de la Escuela?

—Una independencia feroz. No buscar ni el aplauso de los intelectuales ni el de la galería.

—¿Cómo considera la pintura actual?

—Un verdadero drama para la juventud. Hay una desorientación angustiosa en los consagrados y en los principiantes. Todo ello, a mi entender, es fruto de que la sociedad tiene ya una carga excesiva, abrumadora, de arte, de cultura. Tantas manifestaciones, tantas teorías, tantos dismos... es difícil digerirlos, asimilálos.

—¿Contenido con esta medalla de oro?

—Sí, porque considero que ha sido como un reconocimiento a una labor artística de muchos años.

Voy a dejar al pintor. Me resisto a volver la espalda a este mundo de infatigable fantasía creadora con verbosidad popular y de una fascinante independencia. Es el lenguaje de este pintor con genio y figura.

Entre tanta verdad y vivacidad descubro una preciosa talla de la Virgen. Me dice el artista que se la regaló el escultor Cano Correa, el mismo que está realizando el monumento a Elcano.

Me despido del pintor de Pueblo de Guzmán, del gran intérprete de este pueblo del Andévalo, nuestro nuevo medalla de oro de la Exposición de Primavera de Sevilla.

Me satisface que se premie a un artista, cuya obra es todo un documento. El testimonio de una realidad conmovedora, de un tiempo y un modo de ser a punto de extinguirse.